

CIUDADES

VOLUMEN 2

Pedro Pírez  
editor

# Buenos Aires, la formación del presente



**OLACCHI**

Organización Latinoamericana  
y del Caribe de Centros Históricos

**Editor general**

Fernando Carrión

**Coordinador editorial**

Manuel Dammert G.

**Asistente editorial**

Ana Carrillo Rosero

**Comité editorial**

Fernando Carrión

Michael Cohen

Pedro Pérez

Alfredo Rodríguez

Manuel Dammert G.

**Diseño y diagramación**

Antonio Mena

**Corrección de estilo**

Gabriela Chauvin

**Impresión**

Crearimagen

ISBN: 978-9978-370-04-9

© OLACCHI

El Quinde N45-72 y De Las Golondrinas

Tel.: (593-2) 2462 739

[olacchi@olacchi.org](mailto:olacchi@olacchi.org)

[www.olacchi.org](http://www.olacchi.org)

Quito, Ecuador

Primera edición: agosto de 2009

# Contenido

---

|                    |   |
|--------------------|---|
| Presentación ..... | 7 |
| Introducción ..... | 9 |

## **Del centro a la periferia: la configuración urbana en las últimas décadas**

|                                                                                       |    |
|---------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Buenos Aires: una metrópolis postsocial en el<br>contexto de la economía global ..... | 35 |
| <i>Pablo Ciccolella</i>                                                               |    |

|                                                                                                               |    |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Procesos recientes de fragmentación socio-espacial<br>en Buenos Aires: la suburbanización de las élites ..... | 63 |
| <i>Horacio Torres</i>                                                                                         |    |

|                                                                                                    |    |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Un pobre es un pobre. La sociabilidad en el barrio:<br>entre las condiciones y las prácticas ..... | 83 |
| <i>Denis Merklen</i>                                                                               |    |

## **Las cuestiones sociales en la ciudad metropolitana**

|                                                                                                                                                         |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Relaciones entre el mercado inmobiliario informal<br>y las redes sociales en asentamientos consolidados<br>del Área Metropolitana de Buenos Aires ..... | 121 |
| <i>María Cristina Cravino</i>                                                                                                                           |     |

|                                                                                                                             |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Se hace camino al andar: municipios y política social<br>en el Gran Buenos Aires en el tránsito de la crisis 2001/3 . . . . | 139 |
| <i>Magdalena Chiara</i>                                                                                                     |     |

|                                                                                                                    |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Geografías bolivianas en la gran ciudad: acerca del lugar<br>y de la identidad cultural de los migrantes . . . . . | 167 |
| <i>Susana Sassone</i>                                                                                              |     |

## **Los barrios, otra vez**

|                                                                                 |     |
|---------------------------------------------------------------------------------|-----|
| El "caso" de los yogures: etnografía<br>en una organización piquetera . . . . . | 193 |
| <i>María Cecilia Ferraudi Curto</i>                                             |     |

## **Infraestructuras y servicios**

|                                                                                                                                      |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Universalidad y fragmentación urbana bajo<br>el prisma de la concesión de agua en el<br>Área Metropolitana de Buenos Aires . . . . . | 219 |
| <i>Andrea Catenazzi</i>                                                                                                              |     |

|                                                                                                                                             |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| De las redes de transporte al problema<br>de la movilidad: límites físicos y analíticos<br>de la expansión urbana en Buenos Aires . . . . . | 239 |
| <i>Andrea Gutiérrez</i>                                                                                                                     |     |

## **Las tendencias**

|                                                |     |
|------------------------------------------------|-----|
| Buenos Aires: el fin de la expansión . . . . . | 267 |
| <i>Adrián Gorelik</i>                          |     |

|                                                                             |     |
|-----------------------------------------------------------------------------|-----|
| La privatización de la expansión metropolitana<br>en Buenos Aires . . . . . | 285 |
| <i>Pedro Pérez</i>                                                          |     |

**Los barrios,  
otra vez**

# El “caso” de los yogures: etnografía en una organización piquetera\*

María Cecilia Ferraudi Curto\*\*

Mientras Susy amasaba las rosas para el merendero, Graciela se acercó a preguntarle por su yogur. Hacía unos días que en la sede local del movimiento se habían distribuido los *sachets* de yogur obtenidos a partir de una protesta ante una gran empresa de lácteos. Cuando Graciela llegó a reclamar uno para sus hijos, ya no había más. Todos saben que ella tiene hijos, que es una compañera de años en el movimiento y que no falta nunca a las marchas. Sin embargo, no figuraba en los listados.

Porque sea vieja no me va a venir a gritar a mí. ¿No es que acá somos todos iguales? Si ella no entregó los papeles, no figura, argumentó Susy —que era quien le había dicho que ya no quedaban y por qué no le habían guardado el que, según Graciela, le correspondía—. Graciela tomó su bicicleta y salió enojada: ¡Cómo puede ser! Una compañera como yo, de años en el movimiento.

Esta situación, que tuvo lugar en una sede local de una “organización piquetera”, plantea dilemas que atraviesan cotidianamente al “movimiento”: cómo se reparte la “mercadería”, quiénes tienen derecho a recibir qué, quiénes están habilitados para repartir, cómo se obtienen las cosas... A partir de una disputa específica, introduce la relación entre protesta y

\* Una versión previa de este material ha sido publicada como “Lucha y papeles en una organización piquetera del sur de Buenos Aires”, en: Míguez y Semán, 2006.

\*\* Esta investigación recibió el impulso inicial y el continuo respaldo de Pablo Semán y Alejandro Grimson. Agradezco las enriquecedoras lecturas de Antonádia Borges, Claudia Fonseca, Denis Merklen, Laura Masson, Carla del Cueto, José Garriga, Patricia Díez, Carina Balladares y Martín Cairó. Los nombres de las personas y lugares han sido modificados para preservar el anonimato de los informantes. El trabajo de campo fue financiado por UBACYT y Fundación Antorchas.

gestión de recursos como problema fundamental que constituye a dichas organizaciones.<sup>1</sup> Más que enfocar hacia los dirigentes o hacia las acciones de protesta, me interesa dar cuenta de cómo se configura una organización piquetera analizando esta situación que forma parte de los imponderables de la vida diaria de las personas que circulan por una de sus sedes y reciben un “plan” (subsidio) a través de la misma.<sup>2</sup> Propongo mostrar cómo la disputa entre Graciela y Susy condensa sentidos practicados en el seno de la organización, contribuyendo a la discusión académica en torno de la denominada “política de los pobres”.

El siguiente artículo retoma las líneas de mi tesis de maestría (Ferraudi Curto, 2006). El trabajo de campo para la misma fue realizado entre junio y diciembre de 2004. Era un momento especial en las organizaciones piqueteras. El proceso de crecimiento y visibilización de las mismas había alcanzado un punto culminante en torno de las grandes protestas de diciembre de 2001 (despertando el interés de analistas y militantes nacionales y extranjeros), a la vez que la masificación de los subsidios en 2002 había significado un profundo cambio en las organizaciones y en el entorno territorial en que se movían.<sup>3</sup> Muchos barrios

1 Una aclaración inicial: el término “piqueteros” fue acuñado para denominar a los manifestantes de los cortes de ruta que tuvieron lugar en dos pequeñas ciudades petroleras de la Patagonia en 1996, en demanda de “fuentes de empleo genuinas” luego de la privatización de YPF. Después de intentos represivos, la negociación con las autoridades provinciales llevó al otorgamiento de subsidios para los desocupados (“planes”). Ante su relativo éxito (conocido a través de los medios de comunicación), tal repertorio de protesta fue retomado en diferentes localidades del interior del país.

Aunque enriquecida por esas experiencias, la formación de las organizaciones piqueteras en el conurbano bonaerense se enraiza en una historia previa de trabajo territorial vinculado a las políticas sociales focalizadas en la “pobreza”, vigentes desde mediados de los ochenta —y enmarcadas en un proceso de desafiliación del mundo del trabajo—. Dichas organizaciones cobraron mayor protagonismo a partir de la crisis de 2001. Para un análisis exhaustivo de las organizaciones piqueteras, véase Svampa y Pereyra, 2003. Para su comprensión en el marco de una redefinición del modelo de integración social ver Merklen, 2005.

2 Básicamente, los “planes” constituyen subsidios destinados a jefes de hogar desocupados e implican el cobro de \$ 150 a cambio de una “contraprestación laboral” (de 4 horas diarias).

3 En diciembre de 2001, luego de una larga crisis económica y política, en el marco de las medidas para paliar la caída bancaria —un “corralito” que limitaba la extracción de depósitos—, cuando, ante saqueos en el Gran Buenos Aires, el presidente De la Rúa decretaba el estado de sitio, se produjo una serie de “cacerolazos”, cuyo centro confluyó en la Plaza de Mayo. La consigna: “¡Que se vayan todos!” fue interpretada como un repudio generalizado a la denominada “clase política”. Era el 19 de diciembre; al día siguiente, tras despliegues represivos y nuevas movilizaciones, De la Rúa presentaba su renuncia. Luego de una sucesión de presidentes, Duhalde asumió el cargo el 2 de enero de 2002.

populares de Buenos Aires, antes caracterizados por su “desertificación organizativa” (Auyero, 2001: 42), aparecían ahora como una “selva organizacional” (Cerrutti y Grimson, 2004: 46). A medida que el clima político se normalizaba, el papel de las organizaciones piqueteras en la escena pública nacional se redefinía negativamente. ¿Qué sucedía entonces en los barrios?

En ese contexto, comencé a transitar por el Movimiento Teresa Rodríguez (MTR), una organización piquetera que, entre las usualmente llamadas “duras”, es reconocida como una de las primeras.<sup>4</sup> En el marco de procesos organizativos diversos, los dirigentes y militantes de esta organización resaltan un dato significativo: ellos fueron los protagonistas del primer corte de ruta en reclamo de planes que tuvo lugar en el conurbano bonaerense, en 1997. Cuando otras organizaciones de izquierda veían los planes como una forma de cooptación del Estado, Romero, el dirigente máximo del MTR, apostó a ellos como forma de “organizar a sectores más vastos”. Hoy se jacta de ello, a la vez que intenta lidiar con sus “limitaciones”.

En los primeros años, quienes obtuvieron planes debían “cumplir las horas” (de contraprestación) en obradores municipales. A partir del gobierno de De la Rúa (1999-2001), la organización resultó habilitada como gestora de los mismos. Entonces se desplegaron los “proyectos comunitarios y productivos” (comedor, merendero, panadería, huerta, rope-rito). Algunas mujeres aún recuerdan cómo tenían que “salir a pedir” por los comercios vecinos para preparar la comida. El Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados (PJJDH), implementado por Duhalde en 2002, implicó un cambio significativo por su alcance. A la vez, se ampliaron programas de asistencia alimentaria ante la situación de “emergencia”. Actualmente, si bien el gobierno provee los productos impercederos, otros bienes (como carne, grasa, verduras o lácteos) son obtenidos gracias a los proyectos productivos del movimiento, a protestas específicas o a la contribución de quienes participan.

4 La distinción entre organizaciones “duras” y “blandas” se vio crecientemente cristalizada a partir de la Primera Asamblea Nacional Piquetera, en julio de 2001 (Svampa y Pereyra, 2003: 78 y ss.). Entre las primeras, se reúne a organizaciones muy diversas, destacando la confrontación al gobierno como eje de sus prácticas políticas. Esta calificación, sin embargo, debe ser matizada. Negociación y protesta se combinan en todas las organizaciones de desocupados.



Mi trabajo de campo se inició acercándome a un grupo que tomaba mate durante una protesta en la Plaza de Mayo. Por entonces, las marchas por el centro porteño habían reemplazado a los cortes de ruta en la periferia como modalidad de protesta. Dadas mis preguntas, ellos me invitaron a conocer su sede y a entrevistar al dirigente. Eso hice. Luego de un recorrido guiado por diferentes reuniones, sedes y proyectos, decidí centrarme en una sede local en tanto era el marco para las asambleas, los proyectos comunitarios y productivos, y las columnas durante las marchas. Para ello, me dirigí al barrio que los mismos dirigentes consideran como el “centro” del movimiento.<sup>5</sup> En una primera aproximación, el barrio presenta en forma pronunciada las características con que suele reconocerse al municipio. Ubicado en el segundo cordón, al sur de Capital, este distrito se destaca por altas tasas de desocupación y de pobreza así como por un bajo índice de cobertura de servicios públicos.<sup>6</sup> Gobernado desde el retorno a la democracia por el Partido Justicialista (y desde principios de los noventa por el mismo intendente), el municipio también suele ser visto como una importante “cuna de piqueteros” dentro del conurbano.<sup>7</sup>

Dentro de este marco, el artículo se centra en una disputa que tiene lugar entre Graciela y Susy. Aunque a la distancia nos pueda parecer absurdo, el conflicto se desencadena por un yogur. Luego de presentar brevemente algunos rasgos relevantes del modo de vida local (y el lugar de las organizaciones piqueteras en él), describo el proceso de obtención y reparto de los yogures (y otras mercaderías) en la organización piquetera que tomo como eje. Una vez allí, me concentro en la disputa. Analizo los

5 De los alrededor de 850 planes que el movimiento gestiona en el municipio, entre 100 y 150 están inscriptos en esta sede.

6 Según el censo de 2001, la población del municipio alcanza un total de 349.242 habitantes (habiendo aumentado un 37% en relación con 1991). El porcentaje de población con NBI ronda el 30% según el último censo (y no varió significativamente con respecto al censo anterior). En todos los servicios urbanos (agua, gas, cloaca, alumbrado público, pavimento, teléfono público) excepto electricidad (y, en menor medida, transporte público y recolección de residuos), el municipio presenta una tasa de hogares cubiertos inferior al promedio del Gran Buenos Aires (fuente: INDEC).

7 Aunque la presencia de las organizaciones piqueteras es una marca importante del municipio (y los planes son constitutivos de las mismas), es preciso notar que alrededor del 90% de los Planes Jefes y Jefas de Hogar Desocupados son gestionados por el Municipio (vía las redes del Partido Justicialista (PJ) local).

sentidos en juego y los entramados relacionales desde los cuales se elaboran tales sentidos, mostrando cómo la organización se constituye diferenciadamente (a través de jerarquizaciones y disputas) como configuración singular del modo de vida local.

### *Primeros pasos por el barrio*

Llegué a Villa Corina en tren, después de una hora y pico de viaje desde el centro de Buenos Aires. Un hombre mayor con pañuelo celeste al cuello (un símbolo del movimiento especialmente colocado para que yo lo reconociera) me esperaba para acompañarme hasta el local donde entrevistaría a Romero. Apenas bajamos la escalera de la estación, un enorme cartel indicaba la venta de lotes (en los terrenos del fondo, cercanos al arroyo). Muchos de los más antiguos habitantes, que llegaron hace entre veinte y treinta años, cuentan cómo los estafaron con el suyo —y todavía carecen de título de propiedad—. A diferencia de entonces —cuando era todo campo y solo había algún caserón abandonado—, ahora el barrio muestra chalecitos, otras casas de material y casillas más o menos recientes, que se ordenan en un damero de calles de tierra y una calle principal asfaltada por donde pasan los colectivos y se ubican los comercios más vistosos (como el supermercado y el gimnasio).

Si la entrevista con Romero fue la puerta de entrada al movimiento, mi comprensión del mismo (tal como es sintetizada en este artículo) ha implicado también escuchar otras voces, conversando con otra gente o simplemente estando allí mientras otros charlaban entre sí. Por esa curiosidad, que he aprendido a valorar como parte fundamental del hacer etnográfico, empecé a desentrañar la importancia de los yogures.

Sentada en la estación, escuché una conversación entre un hombre y un muchacho. El hombre estaba acicalado como para salir (un pantalón de vestir y una camisa limpia y planchada). El pibe, como otros de la zona: un pantalón de *jogging* y una remera suelta. Conversaban de distintos movimientos piqueteros. El señor dijo que con tres marchas ya daban la mercadería... y cosas lindas. El pibe contestó: "Sí, ¡mi papá traía mermelada!". "La heladera llena quedaba... Ahora este Castells está mal. Que se muera. Te cobran \$ 20 para que te saliera antes [el plan] y \$ 5 por la mercade-

ría. ¿Con \$ 125 cómo hacés? ¡\$ 100 los cambiás y ya se te fueron!”.<sup>8</sup> Llegó el tren y el hombre partió.

Después de meses de trabajo de campo en la zona, hay algo que llamó poderosamente mi atención: la frecuencia con que la gente habla de estos o aquellos piqueteros en el tren, en la estación, en la calle... Y cómo se refiere a ellos: mercadería, cobros, planes y marchas aparecen como elementos centrales en la valoración y diferenciación entre piqueteros (comparando qué exige y qué da cada uno).<sup>9</sup> Comprender los recursos que circulan por las organizaciones como medio de vida es el punto de partida de este análisis. Una forma de sintetizar estas cuestiones consiste en señalar que la gente “se anota por el plan”. De esta manera, se retiene un rasgo esencial, pero a riesgo de olvidar las alternativas y las evaluaciones. En Villa Corina, éstas no solo implican comparar entre piqueteros. A la vez que existen otras dos organizaciones piqueteras con escaso peso en el barrio –y al menos cinco más en los barrios vecinos–, la red de organizaciones con mayor número de planes es la de la red municipal, conocida como UGL.<sup>10</sup>

8 Castells es el dirigente máximo del Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados (MIJD). Su figura se ha destacado (junto a la de su mujer) por diferentes actos de fuerte impacto mediático. En el momento de esta charla, estaba detenido por la toma de un local de McDonald's y, luego de un prolongado ayuno como medida de protesta, tuvo que ser internado.

9 Quirós desarrolla esta línea de análisis para dar cuenta del *estar con los piqueteros*. Concluye: “Esta lógica que, como intenté mostrar, no es exclusiva del universo de los movimientos, sino que constituye el principio con que las personas evalúan y viven otras actividades –como *trabajar para un político*–, parece ser expresada en un vocabulario específico. Junto con el lenguaje de los planes, los barrios periféricos de Florencio Varela comparten un lenguaje asociado al *dar*, un lenguaje que incluye la *promesa*, la *espera*, la *ayuda*, el *pedido*, el *ofrecimiento*, la *obligación*” (2006: 122).

10 Las UGL (Unidades de Gestión Local) son el núcleo de un proyecto municipal que reúne a diferentes organizaciones más o menos ligadas al PJ (sociedades de fomento, clubes, ligas de mujeres, cooperadoras, bibliotecas populares, iglesias) de acuerdo al barrio en que se ubican. Conformadas en 2001 para “facilitar la comunicación del intendente con los vecinos”, incorporaron, a partir del Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados, la gestión de los beneficiarios. De acuerdo con datos municipales de agosto de 2004, en la UGL de Villa Corina, hay registrados 1.433 beneficiarios del PJJHD. La distancia con la cantidad de planes que maneja el cabildo del MTR es similar a los cálculos a nivel nacional. Sin embargo, la división interna entre organizaciones complejiza cualquier análisis comparativo basado en las cifras.

Con respecto a las organizaciones piqueteras, constató la presencia del MTD Evita y MST-Teresa Vive, en Villa Corina. El MTD Aníbal Verón (el más numeroso del municipio), el Polo Obrero, la Martín Fierro, el MIJD y el Movimiento 29 de Mayo tenían sedes en los barrios lindantes. En las clasificaciones periodísticas, estas organizaciones pueden comprenderse como “duras”. Para un análisis exhaustivo del mapa de organizaciones piqueteras, ver Svampa y Pereyra, 2003.

Como me explicó una de las mujeres en el merendero, ella había entrado al movimiento con una vecina, que le avisó que estaban "anotando para el plan". Estuvieron más de seis meses marchando hasta que les salió. Entonces, "mi vecina se pasó a la UGL". Le pregunté por qué. Prefería estar más tranquila. En ese tiempo (el año 2002), las marchas eran más, y más duras. Ella, de todos modos, se quedó en el movimiento, no porque no temiera algunas marchas (de hecho, tanto entonces como hoy suele faltar a las que se prevén como duras) sino por "todo esto... muchas cosas que hacer, la gente que conocí... es más divertido".

### El camino a los yogures

El manejo de la mercadería es un asunto habitual de controversias en el movimiento. Las sospechas no excluyen a ninguno de quienes median en el proceso: los dirigentes, el encargado de depósito, los responsables de administración central, los responsables de administración de la sede local, los delegados, las cocineras... Las acusaciones también se repiten con mayor o menor grandilocuencia según el caso. Circulan como rumores (o "chusmeríos") que, si bien los oyentes pueden considerar como dudosos (y en ocasiones malintencionados), no dejan de preocupar (y desacreditar) a sus víctimas. Como señalaba una mujer a sus amigas del "merendero": "prefiero ser yo la que diga que se están llevando, a que los demás digan que yo soy la que me llevo. Porque ya sabemos cómo es esto". Es decir, se trata de un juego de prestigio y desprestigio atado a las posiciones respectivas, y reconocido como tal por los propios protagonistas. Pero para los dirigentes, significa un desafío.

Frente a la recurrencia de esta situación, la propuesta fue descentralizar el reparto de mercadería, argumentando en base a las dificultades de la administración central para distribuirla correctamente, y los frecuentes errores y quejas. El tema fue tratado en la asamblea de la sede. Según sostenía Romero, el dirigente máximo del movimiento, la cantidad de mercadería para cada sede sería deducida de la cantidad de gente registrada en las marchas.<sup>11</sup> El comedor y la copa de leche serían solo para la gente

11 Es una práctica habitual en las organizaciones piqueteras tomar lista antes de las marchas. En este movimiento, ese registro es realizado por los responsables de administración central. Las marchas

del movimiento, para quienes se organizan y *luchan*.<sup>12</sup> Durante la asamblea, una voz lo contradijo: “Si queremos un movimiento que llegue a la gente, que crezca, tenemos que abrir las puertas”. “Estamos lejos de poder dar de comer a todo [el municipio]”, contestó Romero. “No es a todos sino a los que vienen”. “Nosotros no vamos a solucionar el problema de la pobreza [en el municipio]. Primero están los que se organizan porque después se quedan sin las cosas los que *luchan* y aportan”, concluyó Romero. Nadie volvió a alzar la voz pero el dirigente insistió: “Si no, pasa como con los yogures”.

La semana anterior, una de las “compañeras más comprometidas”, Graciela, se había quedado sin el yogur para sus hijos. “Porque sea vieja no me va a venir a gritar a mí. ¿No es que acá somos todos iguales? Si ella no entregó los *papeles*, no figura”, le había contestado Susy en pleno ajetreo del merendero. Si en ese momento el criterio para repartir que invocaba Susy no había sido rebatido entre los presentes —a pesar del ostensible enojo de Graciela—, ahora Romero aseguraba que, si se hubiera repartido solo a aquellos que aportaban, el problema no habría surgido. Pero, ¿a qué se refería Susy con los *papeles*? ¿Por qué lo contraponía al hecho de que Graciela fuera “vieja”? En definitiva, ¿cómo se hacía el “reparto”? y, antes de eso, ¿cómo se habían “conseguido” los yogures?

Como en el caso de otros productos (tales como guardapolvos escolares, garrafas de gas y carne), el camino para conseguir los yogures había implicado diferentes pasos.<sup>13</sup> Primero, habían realizado una protesta frente a la sede provincial de una de las empresas de lácteos más grandes del país, demandando diferentes mercaderías. Luego de la negociación entre

son contabilizadas para definir la distribución de los bolsones de mercadería que cada persona lleva mensualmente a su casa.

- 12 Si bien la cantidad de marchas ya constituía un criterio para definir el bolsón (véase supra), hasta entonces, la cantidad de mercadería para proyectos comunitarios como el comedor y la copa de leche se definía de acuerdo al número de comensales registrados. Para ello, diariamente los responsables anotaban qué familias habían ido a buscar la comida y cuántas raciones habían llevado.
- 13 Garriga Zucal (2005) llama la atención sobre el término “conseguir” como “el verbo nativo que remite a las interacciones” en una hinchada de fútbol de Buenos Aires. Su análisis remarca cómo, dentro de la teoría nativa, el aguante, el tocar a los contactos y, en última instancia, el apriete son presentados como acciones que permiten conseguir cosas a partir del ser conocido y reconocido como miembro de la hinchada (y en su jerarquía) y así introducirse en redes de intercambio recíproco. Aún cuando mi análisis no se extenderá en este punto, las “tácticas” desplegadas durante las marchas y negociaciones se aproximan a las formas analizadas por Garriga Zucal (ver Semán, 2003).

los dirigentes y los empleados de la compañía, el acuerdo se había sellado en una promesa de entrega de yogures, previo envío a la empresa de un listado con los nombres y números de documento de las mujeres con hijos en edad escolar que estaban en el movimiento, adjuntando fotocopia de su documentación. A partir de allí, la responsable de administración central había elaborado los *listados* correspondientes y los había repartido a los responsables de administración de las sedes locales, explicándoles cómo llenarlos. Una vez recibidos de vuelta y controlados, había ido ella misma a entregarlos a la empresa. Respetando los *listados*, la empresa había concedido aproximadamente quinientos litros de yogur que el movimiento retiró con un flete, previo informe a los responsables de administración y a los delegados para que los pasaran a buscar pronto y se encargaran de repartirlos en sus respectivas sedes.

El recorrido no tuvo grandes complicaciones.<sup>14</sup> Aunque la cantidad recibida resultó altamente insuficiente —dando lugar a problemas como el de Graciela—, el intento de ampliar el número de cupos no tuvo éxito. Al controlar los nuevos *listados*, la responsable de administración comprobó que la cantidad de inscriptos era menor que en el envío anterior. En la reunión siguiente, les planteó a los delegados la situación, quejándose porque “tanto que *luchamos* para conseguir esto, y ahora no podemos hacer nada porque no se preocuparon de hacer bien los *listados*... la verdad que es una pena pero, con esto, no podemos exigir nada”. Aún cuando ella ponía el acento en la *lucha*, intentando minimizar los *listados* como una preocupación secundaria, el relativo fracaso mostraba su importancia.

De los piquetes a la mercadería, hay un largo camino que no suele señalarse en las presentaciones públicas de los piqueteros en los medios de comunicación. Mientras la mirada más común apunta hacia las protestas, los artículos que buscan mostrar el “otro lado” del “corte de ruta” se centran en el trabajo —en los proyectos productivos y comunitarios—. Sin embargo, las tareas de administración ocupan un tiempo (y un esfuerzo) considerable en la rutina de la organización. Su incorporación al análisis implica una revisión de los enfoques centrados en las “acciones de pro-

14 Este recorrido a veces resultaba aún más complicado. En el caso de los guardapolvos, por ejemplo, recuerdo que los delegados bufaban porque, aunque habían enviado los *listados* hacía meses, ahora resultaba que estaban mal hechos y tenían que realizar nuevos. “Para cuando nos entreguen los guardapolvos, ya va a estar terminando el año”, auguraban.

testa”, que “olvida[n] particularmente el hecho de que la movilización actual se articula alrededor de la construcción de una nueva demanda social hacia el Estado. Por supuesto, en este proceso los actores colectivos deben prepararse para protestar, pero con la misma energía que deben utilizar en su preparación para convertirse en *actores de gestión de políticas sociales*” (Merklen, 2005: 70, énfasis mío).<sup>15</sup>

Si el análisis de Merklen apunta a evitar la dicotomía entre “clientelismo” y “ciudadanía” como modo de comprender los vínculos políticos que se generan en el seno de las organizaciones, parece preciso desplegar más claramente los vínculos implicados en situaciones específicas como intento de contribuir a una visión distanciada de los supuestos normativos de la dicotomía. Merklen avanza en otra dirección. Luego de comprender la “sorpresa” de las ciencias sociales en diciembre de 2001 en continuidad con un campo de debates académicos que, desde el retorno de la democracia, se han aproximado al estudio de la política entre las clases populares, su análisis reconstruye el objeto en términos del problema de la integración social en tanto sería la cuestión olvidada en los análisis políticos “encandilados” por los modelos institucionalistas o decisionistas de democracia (Merklen, 2005: 68-72). Desde el problema de la integración, elabora el concepto de una “nueva politicidad” definida como “una nueva forma de política construida en la tensión entre la “urgencia” y el “proyecto”, así como en la relación de las clases populares con las tradiciones políticas” (Merklen, 2005: 45). Por un lado, se afirma la importancia de las políticas sociales y el papel de las organizaciones en la gestión de recursos escasos e inestables dispuestos (por un Estado reformado) ante la urgencia. Por otro lado, se sostiene que organizaciones e individuos se orientan hacia proyectos de integración más amplios. En esta tensión, las organizaciones recrean tradiciones de gestión y protesta (ya presentes en los sindicatos) a partir de la “inscripción territorial”. Es decir, se entran en lazos de solidaridad locales mientras operan por fuera, a través de

15 En este sentido, Manzano (2009) muestra cómo los “referentes barriales” no solo se hicieron gestores de políticas sociales sino también contribuyeron a que los “planes” existieran como demanda (al visitar a sus vecinos, procurar anotarlos, enseñarles qué documentación era requerida y cuáles eran las exigencias) argumentando en torno del papel de los vínculos personales en la relación de los “beneficiarios” con el Estado.

los laberintos del sistema político, para captar recursos. Así como los individuos, actúan como “cazadoras” que buscan la ocasión.

Mi respuesta, en cambio, parte del malestar con las definiciones disciplinares de política, tal como es constatado por Merklen (2005) –y Rinesi y Nardacchione (2007)– pero, en lugar de proponer una definición alternativa, retoma una premisa básica de la antropología de la política: “a categoría “política” é sempre etnográfica –quer para aqueles que são observados, quer para o próprio investigador” (Peirano, 1997: 22). Por ello, la tarea consiste en construir modelos etnográficos que den cuenta de los sentidos observados.

Frente al “caso” de los yogures, específicamente, es posible reconocer una puesta en discusión de los criterios de distribución ante un problema determinado. En principio, Romero da cuenta de la valoración de la *lucha* (y el aporte) como criterios para distinguir quién merece y quién no, mientras la responsable de administración destaca la *lucha* como condición para conseguir cosas. Ambos argumentos pueden complementarse en tanto muestran (y refuerzan) un pilar básico de la organización.

### Cuando éramos duros

Pasados la protesta, la negociación, el armado de los *listados*, su entrega a la empresa, el retiro de los yogures, el reparto a las sedes y su distribución entre la gente... Graciela fue a reclamar su yogur. Susy explicaba que, ante la falta de heladera, había tenido que resolver rápidamente el reparto. De todos modos, como se encargó de responderle a Graciela, su nombre no figuraba en los *listados*. Graciela tomó su bicicleta y salió ofendida del local: “¡Cómo puede ser! Una compañera como yo, de años en el movimiento”.

La antigüedad de Graciela en el movimiento aparecía como una fuente especial de prestigio que daba derecho al yogur y, ante su ausencia, al exagerado enojo. La antigüedad era un criterio que obligaba al respeto de los otros porque, más profundamente que la simple acumulación de años, implicaba una trayectoria moral anclada en la *lucha*.<sup>16</sup>

16 Aquí es posible notar diferentes acepciones del término *lucha* que Comerford (1999) ayuda a ordenar. Desde una investigación que busca dar cuenta de la configuración de las organizaciones campesinas en Brasil a partir de sus aspectos cotidianos, organiza los significados de dicho térmi-



Era común entre los más antiguos recordar los momentos “duros” o, como decían una vez entre risas, “cuando éramos duros”. Aunque el clima heroico teñía las historias, otras valoraciones también entraban a jugar en la puesta en común de estas experiencias pasadas. Algunos enfatizaban cómo habían logrado escapar de la policía, otros reconocían no haber ido a una marcha porque veían “cómo venía la mano”, unos terceros acentuaban la resistencia (a veces propia, en ocasiones de otro ausente —especialmente, cuando era un “amigo” que estaba siendo criticado—, a veces “nuestra”) frente al clima, las largas caminatas y, sobre todo, la violencia policial. También se reían recordando cómo alguno había argüido estar enfermo para no ir o, a solas, contaban los detalles perspicaces de cómo habían evadido una jornada especialmente dura. Romero también ofrecía una versión de estas historias en las que pedía a los demás que me contaran cómo tenía miedo la gente y cómo la persona puesta a contar, en cambio, había seguido firme a pesar de las amenazas de los “punteros”,<sup>17</sup> la dura represión en las protestas y el encarcelamiento de muchos (entre ellos, el propio Romero).

Graciela resaltaba tanto en su carácter de protagonista como en el de narradora de estos relatos comunes. Recuerdo la primera vez que conversé con ella, mientras tenía lugar un congreso del movimiento. Le hice señas porque se le había caído un papel y enseguida ya estaba contándome cómo había escapado a una represión en La Plata y mostrándome cómo le había quedado marcada la cabeza por un golpe.<sup>18</sup> Este mismo rela-

no distinguiendo tres modulaciones: una asociada a los “sufrimientos” de la vida para los “pobres”, otra vinculada a los momentos de conflicto con los “fazendeiros” (que muchas veces dan lugar a un relato ético y épico), y una tercera puesta en juego por los dirigentes y militantes sindicales como legitimación de su propio actuar en representación de los “trabajadores”. Como él mismo muestra, estas modulaciones se despliegan en una variedad de usos y se solapan como parte de un “mismo universo social complejo” (1999: 45) dentro del cual los dirigentes sindicales suelen resaltar las continuidades.

17 Este término refiere a los militantes barriales del PJ. Suele utilizarse en sentido peyorativo, aludiendo a su papel en las redes “clientelares” del partido. Svampa y Pereyra (2003: 14) describen una situación de “confrontación cuerpo a cuerpo” entre los “punteros” del PJ y los militantes de las organizaciones piqueteras por el territorio. Cerrutti y Grimson (2004: 46) permiten reconocer que la relación con las redes del PJ se fue redefiniendo a medida que las organizaciones piqueteras se consolidaban en el territorio (diferencialmente según los contextos municipales y barriales), en el marco de la “selva de organizaciones” posterior a 2001.

18 A diferencia de lo que suele ocurrir frente a la violencia doméstica (Jelin, 1998), aquí las marcas corporales no son ocultadas sino al contrario, se exponen con orgullo. Garriga Zucal (2005)

to, más detallado, me lo narró la segunda vez que la vi en la estación de trenes. Cuando se acercó otra “compañera”, le contó que había ido la nieta a visitarla y le había preguntado dónde había estado la semana anterior. “*Luchando* por los derechos de todos: de tu abuelo, de tu mamá, tuyo, mío, de la vecina... de todos”, le había contestado. “Así aprende ya de chiquita”, nos explicaba.

Aunque es preciso reconocer en estos encuentros los trazos de una presentación especialmente heroica ante la “estudiante”, no era sólo frente a mí que Graciela se destacaba por la centralidad que concedía a la *lucha*. Su lugar, en ese sentido, era claro y ambivalente a la vez. Aunque nadie se atrevía a dudar de su compromiso, también era objeto de burlas en las que se cuestionaban los motivos ocultos de su firme devoción por el movimiento o se imitaban sus comentarios exagerando la exaltación (y la tonada).

### *Ahora andan mezquinando*

Mientras las disputas entre Susy y Graciela estaban teniendo lugar, fui a almorzar un día a lo de otra de las más antiguas integrantes del movimiento, una mujer que frecuentemente aparece en la revista “El Corte” (del movimiento) y que rara vez se opone al punto de vista oficial –según los comentarios del resto–. A diferencia de la sede local donde tuvo lugar el conflicto –que funciona en un terreno prestado (no previamente habitado) con cuidadores–, la sede de este barrio está ubicada en el fondo de la casa de esta señora y los demás se refieren al lugar como “lo de Asunta”. Cuando llegué de improviso, Graciela, que pertenece a la otra sede, estaba almorzando allí. Tanto para ella como para quien me había invitado (otro de los antiguos miembros), “acá cocinan mejor”.

---

muestra cómo, en una hinchada de fútbol, las cicatrices y marcas corporales son exhibidas como pruebas del relato heroico. En su análisis, lo asocia al concepto de masculinidad. A partir de aquí, en cambio, podemos observar otra relación entre género, relato heroico y marca corporal que, además de interrogar nuestro sentido común, nos permite complejizar la imagen que tiende a cristalizar las *performances* de mujeres de sectores populares en política, en términos de la figura maternal (Auyero, 2001; Svampa y Pereyra, 2003) –como veremos luego, tampoco pretendo negar su centralidad sino, más bien, interrogar su unicidad–.

En la sobremesa —y sin mencionar el conflicto presente—, Graciela contó una de sus historias sobre los “tiempos difíciles pero más lindos”. Habían ido a “reclamar al Cruce” (donde está el Concejo Deliberante)<sup>19</sup> y acamparon “porque no nos pensábamos mover hasta que no nos dieran una respuesta”. Acababan de pasar la noche bajo una lluvia torrencial que hasta les había levantado los toldos con los que pretendían cubrirse. A las seis de la mañana, estaban de pie bajo la lluvia, sobre unos cajones de madera desde los que veían pasar un torrente de agua enlodada cuando Graciela —empapada, “flaca chupada” (agrega Asunta) “como estaba por el hambre” (aclara ella)— se decidió a ir a pedir a una “panadería grande” de la zona. “Entré y esperé que atendiera a todos. Cara de piedra tenía que tener para ir a pedir. Pero el hambre no sabe de vergüenza, *m’hijita*. Así que fui y le dije: “Somos pobres y el gobierno no nos quiere atender. Estamos esperando una respuesta. Pasamos la noche en la lluvia. Los compañeros tienen hambre”. Dije eso y me quedé mirándola. La mujer no contestó. Fue al fondo y volvió con una bolsa. Empezó a poner y a poner... De todo me dio. Hasta masas finas teníamos. Le agradecí y me fui. Estaba de contenta. Cuando llegué, nadie lo podía creer. Juan dijo: “Preparen mate cocido”. “¿Qué mate cocido!”, dije yo (ya estaba harta del mate cocido). “A comer. Y repartimos entre todos. Así fuera un pan, repartíamos entre todos. Siempre. Lo que pasa es que antes no peleábamos porque no teníamos nada; ahora andan mezquinando porque tenemos”.

A la vez que la historia muestra el protagonismo de Graciela en los viejos tiempos como una justificación de su derecho actual, postula diferentes clases de vínculos y propone criterios específicos de jerarquización interna junto con parámetros morales de validación de los mismos. La distinción de los antiguos frente a los nuevos se asentaba en una historia con moraleja que tenía a la misma Graciela como ejemplo. Los antiguos merecían el reconocimiento del resto, no solo porque habían enfrentado más y peores luchas gracias a las cuales hoy “todos” podían “tener” sino también porque entonces, aún frente al hambre, habían mostrado un ejemplo de generosidad que ahora, lejos de ser imitado, era claramente ignorado (y prácticamente contradicho).

En la distinción entre antiguos y nuevos, el relato de Graciela también permite contraponer dos formas de relacionarse entre sí al interior del movimiento y una forma de temporalizarlas. En el pasado, "nos conocíamos todos... hasta hemos dormido todos juntos, y sin problemas", resumió Asunta una vez que Graciela finalizó su historia. Al conocerse, podían confiar uno en otro y compartir tanto la comida como la cama. Lo más íntimo, lo más cotidiano, lo más imprescindible, todo es hoy recordado como formando parte de una experiencia compartida, subrayando la ausencia de conflicto interno (en un contexto enmarcado —en el mismo relato— por el conflicto con un otro y por la carencia).

Frente a esta forma de relacionarse, el presente se torna un momento de abundancia y de "mezquindades". Paradójicamente para una mirada distante, más que razonable desde el punto de vista de Graciela, no es la escasez ni la urgencia (más vinculada al pasado) sino el egoísmo en la abundancia lo que explica los problemas actuales en el reparto de mercadería. Esa mirada le permite explicar como injusta la situación de la que se siente víctima y distribuir culpas. La temporalización es la forma de una crítica al momento actual. El cambio, que se explica como el resultado de haber crecido y se hace visible en los *papeles* y los *listados* a los que apela Susy en su respuesta, inscribe al movimiento en una lógica organizativa más impersonalizada. La relación de la organización con el estado, como gestora de planes de empleo, es el pilar de esta forma de vinculación que se extiende a las relaciones con algunas grandes empresas y permea los vínculos internos al punto de aparecer, en determinados contextos, como amenaza.

Presentándose a sí mismos como más duros y a la vez más compañeros, los "viejos"—como tradujo Susy, nombrando y a la vez invalidando el peso simbólico de la distinción— pretendían un trato diferencial. Si el reclamo de Graciela puede ser visto como un intento de privilegio fundado en la antigüedad y el compromiso en la *lucha*, la respuesta de Susy puede entenderse desde (una referencia irónica a) la "igualdad" como principio del movimiento y desde la elaboración de *listados* como práctica de concreción de los reclamos. Ambas se fundan en los principios oficialmente reconocidos para defender su postura y juegan con la tensión entre ellos. En este sentido, mi propuesta continúa una línea abierta por Svampa y Pereyra (2003). Ellos señalan tanto los relatos de la época "he-

roica” como la experiencia diaria en el movimiento como procesos de reconocimiento personal y de fortalecimiento de la organización colectiva (2003: 166-172). Aquí intento comprender sus tensiones.

### Comer rico y variado

Si bien encontraba en los *papeles* un justificativo, la postura de Susy no se comprende solo por referencia a los marcos de la administración del movimiento. Si al hablar de igualdad ya remite a un problema que excede el marco más formal de los *listados*, los trazos fuertes de su perspectiva me conducen de vuelta a la asamblea en la que inicialmente reconocí el problema. Mientras Romero consideraba que la mercadería debía darse a quienes *luchaban* y aportaban a la organización, Susy, como cocinera del merendero, se oponía a los cambios que la descentralización traería para la copa de leche. No solo desacreditaba los criterios con los que Graciela quería fundar su reclamo sino que tampoco compartía con Romero la perspectiva sobre cómo debía organizarse la sede local. Sin embargo, su disenso no se hizo oír hasta después de la asamblea, cuando sólo quedaban las mujeres del merendero y sus allegados: “Yo no le voy a decir que no a los chicos que vienen con hambre. Que vengan ellos a decirles que no pueden comer”. Susy encontraba en el hambre y en el hecho de que se tratara de chicos, una doble justificación para oponerse a Romero. Tampoco quería ser quien enfrentara a sus propios vecinos, negándoles la comida, y menos a los chicos, “que no tienen la culpa”.

De todos modos, su comentario no solo remitía a la prefiguración de ese difícil momento sino que se entroncaba en un recuerdo orgulloso que tenía al merendero por centro, y a ella y a sus compañeras por protagonistas. La preocupación por los chicos no era ajena a las historias que contaban a los recién llegados sobre “cómo levantamos el merendero” y “cómo conseguimos que [el encargado del depósito] nos diera sal y salsa cuando a nadie se le había ocurrido que pudiéramos hacer pizzetas en una copa de leche, y ahora... ahora todo el mundo hace pizzetas”. Si esta era su carta de presentación –y un relato que cada tanto se repetía, comparando con otros que, a la menor vicisitud, se rinden–, la historia no concluía hasta no señalar cuántos chicos venían al merendero... y “no sólo

del movimiento, también los hijos de vecinos... y hasta los que están en otros movimientos”. Al igual que señalar que “los vecinos nos ayudan porque ven que, aunque tenemos todo muy precario, nos esforzamos y hacemos las cosas bien”, el hecho de que “nos confíen a sus hijos” era una señal de reconocimiento social y un logro por el cual habían “peleado”.

Con ingenio y tesón, habían “conseguido” cosas para que los chicos “comieran rico y variado”. Aquí la noción del hambre como explicación de la acción no aparecía. Aún cuando no estaba ausente en la justificación de por qué habían levantado el merendero allí y por qué no cerrarían las puertas a nadie —contando que había chicos que iban sin zapatos o que recibían en el merendero la última comida del día—, los problemas que enfrentaba el comedor mostraban, por la negativa, que también era importante hacer las cosas bien: es decir, estar todos los días y cocinar rico y variado, no siempre “guiso” sino también “milanesas y empanadas, como en casa”. Si no era así, la gente no iba porque en la zona había varios comedores y merenderos a los que podía recurrir. Si no había gente suficiente, quienes coordinaban la asamblea informaban que se estaba “cayendo” el proyecto de comedor e instaba a los “compañeros” para que fueran. Frente a este pedido, la asistencia de los vecinos al merendero era proclamada como garantía de confianza. Mostraba cómo incluso quienes no se sentían obligados a hacerlo, comían lo que ellas preparaban. Es decir, la prueba de que la comida era “rica” estaba en que había quienes la apreciaban sin obligación, por sí misma: los vecinos. Las mujeres del merendero les daban algo valioso. Ellas, a diferencia de las del comedor, tenían por qué sentirse orgullosas y no estaban dispuestas a resignarlo.

Al encuadrar la postura de Susy, el merendero y su relación con los vecinos aparecen como el eje de su perspectiva. Ella valoraba su inclusión en formas de sociabilidad localmente delineadas. El “dar de comer rico y variado” era una fuente de reconocimiento en el marco de tales redes y ese reconocimiento se traducía también en el ámbito de la organización, por contraposición al desprestigio que sumía al comedor. A través de su orgullo, vemos una forma de imbricación entre la organización y el modo de vida local. Gracias a su enojo, podemos pensar las tensiones entre ambos espacios sociales.

## Papeles, arreglos y olvidos

¿Cómo comprender entonces la respuesta de Susy ante el “caso” del yogur? No se trataba de que desconociera a Graciela ni su historia. Si bien era posible encontrar rastros del crecimiento organizacional en las voces del conflicto, no constituía una situación de impersonal anonimato. Ella tampoco aducía una mera falta procedimental. Aunque la diligencia con la que había debido resolver el reparto podía esgrimirse como atenuante, su argumento no era una disculpa por el olvido. La cuestión era que, para ella, no había cometido ningún error, porque (supuestamente) había aplicado cabalmente aquello escrito en los *listados*.<sup>20</sup> Aunque remitía a los *papeles*, su respuesta no se ceñía a un argumento técnico. Más bien atentaba contra la antigüedad como criterio de jerarquización interna, apelando a los *listados* desde un marco igualitario que privilegiaba el desempeño (presentar los *papeles*) y que, como ella señalaba con su habitual picardía, se entroncaba al ideario del movimiento. Pero si ella no siempre admitía como válidos los requisitos que se establecían en el marco del movimiento para justificar las formas de distribución aunque también ellos estuvieran fundados en el desempeño (como los invocados por Romero), ¿por qué en esta ocasión apeló a ellos?

No tengo una respuesta de Susy. Pero, siguiendo la perspectiva que propone Ginzburg (1986), puedo intentar algunas inferencias reuniendo indicios recogidos durante el trabajo de campo. En principio es posible argüir que, visto desde allí, Susy no había cometido error alguno. Para ella, era importante no ser acusada de ladrona. Sin embargo, aunque los *listados* tenían legitimidad en ese contexto, no siempre eran respetados y tanto Susy como Graciela lo sabían. Susy misma había mediado entre su cuñada y Romero para ver si podía entrar al movimiento a pesar de que ya recibía un plan a través de otra organización local articulada en la red municipal. Enmarcados en la “multiplicación de pertenencias” (Merklen,

20 Una pregunta que este trabajo abre sería cómo se incorpora la gente en la manipulación habitual de estos *listados*, quiénes lo hacen y quiénes no, cómo operan como mecanismos de jerarquización interna en el movimiento, qué otras experiencias se vinculan a ello. No es una cuestión dada. Inicialmente, me parece que cabría resaltar el papel de la escuela en la incorporación de este tipo de prácticas. Pero, en cualquier caso, es fundamental el papel del movimiento mismo por la centralidad que allí adquieren.

2005) como forma de multiplicación de los medios de vida, esos “arreglos” formaban parte habitual de la trama relacional en la que se configuraba la sede local.<sup>21</sup> Los lazos de parentesco y vecindad operaban a través de ellos. De todos modos, aún cuando no siempre quienes circulaban por la organización, ni Susy entre ellos, se atenían a los *papeles*, difícilmente era cuestionada su validez general (mientras se admitían las concesiones como excepcionales).

En defensa de Graciela, ahora, cabría preguntar por qué ella no fue contemplada como excepción entonces. En principio, como todos sabemos ya, llegó tarde. Pero nuevamente esta razón no parece suficiente para las protagonistas de este evento. Alertada para mirar hacia las excepciones, recordé un diálogo que siempre se repetía entre Susy y un hombre grande que recibía el bolsón aunque no marchaba porque quedaba a cargo de cuidar el local. Él siempre decía que la responsable de administración era su amiga. Susy contestaba: “Vos decís que es tu amiga para tener todos los meses el bolsón”. Fuera o no cierto, la cuestión era que operaba como explicación “nativa” en la que se cuestionaba lo instrumental del vínculo. “Si es tu amiga, defendela”, lo arengaba en otras ocasiones. Susy misma había entrado al movimiento acompañada de su concuñada y “amiga” así como ambas habían hablado con Romero para que la otra cuñada se incorporara a la organización aunque cobraba a través de la red municipal.<sup>22</sup> En otras palabras, lo que se resumía en la noción de amistad, esos lazos de sociabilidad entramados por el afecto, podían operar como modo de incorporación en la organización así como para explicar la inclusión (como excepción) en los repartos.

Estos lazos, que podían actuar incluyendo, también operaban, por la negativa, en los olvidos. Cuando Susy no estaba recibiendo los insumos que necesitaba para el merendero de la recaudación de un proyecto pro-

21 Quirós (2006) propone una descripción etnográfica que da cuenta del “mundo de los planes”, entendiéndolos como medio de vida y como lenguaje. Allí es posible reconocer diferentes valoraciones del trabajo, de la lucha, del estar ocupado, de lo que los piqueteros o la red municipal dan y lo que exigen. En otro artículo, Ferraudi Curto (2009) desarrolló más extensamente los “arreglos”, intentando cuestionar una separación rígida entre “dirigentes” y “bases” como forma de comprender la relación entre organizaciones piqueteras y PJ.

22 Cuando contaban esto, ambas aclaraban que Susy había entrado por el plan mientras su cuñada lo había hecho solo para acompañarla, porque no lo necesitaba (pero igual cobraba uno, que se sumaba al que recibía su marido, por la UGL).



ductivo (y debía recurrir a lo que tenía en su casa), las sospechas se ciñeron enseguida contra los impulsores del proyecto, tildándolos de ladrones. Sin dudarlo, su cuñada se hizo cargo del mismo para “levantarlo”, dar al merendero lo que necesitaba y mostrar por qué no funcionaba.<sup>23</sup> Aunque no tuvo éxito, en su actuar podemos ver cómo operaban las tramas relacionales locales en la explicación de los olvidos y las faltas así como en su intento de resolución. Mientras la frecuente sospecha de robo contribuía a entender la insistencia de Susy en los *papeles*, los vínculos de cercanía y distancia relativa, delineados a partir de las tramas de sociabilidad local, ayudaban a comprender el por qué de la disputa entre Graciela y Susy.

Finalmente, si bien la respuesta de Susy era situacional —y había algo de estrategia (o táctica) en ella—, al partir del supuesto de que sus actos pueden engarzarse entre sí, iluminándose mutuamente, he intentado interrogar los hiatos y abrir a una perspectiva más comprensiva de su respuesta a Graciela. Hay ejes más fuertes y otros más débiles dentro de esas tramas complejas con que las personas dan cuenta de su propia experiencia. Dentro de este marco, las formas de sociabilidad localmente delineadas (con sus cercanías y sus distancias relativas) jugaban un papel fundamental, aunque casi mudo, en la disputa entre Graciela y Susy. Introducidas en mi argumento como centrales, ayudan a comprender el conflicto entre ambas mujeres, alejándonos de la dicotomía entre protesta y gestión (sin disolver sus términos).

## Nunca nos mintió

“Dicen que el Gordo [apodo de Romero] nos maneja. Yo estoy con él porque no nos miente. Nunca nos mintió”, concluyó Graciela después de la historia de la panadería. Frente a quienes ven, en esta clase de vínculo, una forma de manejo, Graciela rescata la confianza validada a lo largo de los años. No se trata de negar jerarquizaciones sino de fundarlas en un criterio que acentúa el conocimiento mutuo. Tampoco se trata solo de un recuerdo del pasado (hecho presente en la evocación compartida)

<sup>23</sup> Susy, en cambio, prefería llevar algunos insumos de su propia casa (como la grasa), y así evitar problemas.

sino que se prolonga también en la continuidad del lazo, del "estar con el Gordo" (que incluso reconoce las usuales críticas). En este contexto, la importancia dada al yogur cobra sentido. La mutua confianza debe validarse asiduamente para perdurar. Esa confianza se veía amenazada por el olvido. Sin embargo, no era el "Gordo" sino quienes desconocían el pasado —y a quienes lo habían forjado— que olvidaban el deber presente de retribuir —aunque solo fuera con un yogur— todo lo que ella había hecho "por el movimiento". Romero, en cambio, no "les" mentía. En su breve frase, se presentaba una imagen del nosotros al interior de la organización y frente a la dirigencia, y una caracterización del buen dirigente (honesto, sincero).<sup>24</sup>

A partir de la perspectiva de Graciela, es posible distinguir claramente dos momentos. Es decir, pasado y presente aparecen enfrentados: el primero más anclado en los vínculos cercanos de confianza, el segundo entramado en una estructura administrativa mayor. En parte, su narración evoca un proceso más general: el movimiento había crecido, los cortes de ruta habían dado paso a las marchas como forma de protesta, los planes se habían masificado... Sin embargo, la contraposición es suavizada al tomar en cuenta no solo la continuidad de la confianza que Graciela deposita en Romero sino también los sentidos que Susy y las mujeres del merendero dan a su participación en el movimiento. Aún cuando, frente a Graciela, Susy se ciña a los *listados*, no es posible comprender su postura sin hablar de la importancia que atribuye al merendero y de cómo ella misma se distancia de la lógica oficial de inclusión que el movimiento propone, hablando del hambre de los chicos, de su orgullo frente a los vecinos o de su pelea para levantar el merendero y dar de comer rico y variado porque el gusto también importa. Aún reconociendo —y subrayando— la relevancia de los *papeles* y *listados* en la configuración de la organización hoy en día tanto como el significado de una experiencia común difícil y de la narración heroica de ese pasado en la continua formación del movi-

24 A diferencia de la "referente" o "puntera" peronista descripta por Auyero, ni Romero ni Susy actúan como "guardabarreras" (2001: 136). Reconociendo la importancia de los recursos que circulan por el movimiento, y el papel de los vínculos personales en su distribución, no sólo es importante tener en cuenta que estos vínculos operan en relación con criterios meritocráticos (marcando excepciones) sino que, además, no pueden encasillarse en la diada entre "resolvidor de problemas" y "detentador de problemas" que describe Auyero.

miento como colectivo diferenciado, es preciso dar cuenta de tales momentos sin asumir los supuestos de una de las voces locales.

Mientras Graciela es reconocida por su larga trayectoria en la *lucha*, Susy toma un rol activo en la “organización” de la sede local y en su contacto con los habitantes del barrio. Profundizando esta línea, es posible considerar que la postura de Susy se inscribe en redes de parentesco y vecinales más amplias en que la sede se entrama. Ese marco ayuda a entender algunas condiciones de su olvido y del enojo de Graciela. Es decir, las relaciones entre las personas que conforman la misma sede muestran jerarquizaciones y rejerarquizaciones en disputa, recurriendo a tramas significativas a través de las cuales el movimiento se imbrica en el modo de vida local, como una configuración singular del mismo.

El tejido relacional condensado en las figuras de Graciela, Susy y Romero no es comprensible desde el punto de vista “oficial” de la organización —donde se minimiza la distancia entre *lucha* y *administración*— ni desde la simple sucesión de ambas como etapas del crecimiento organizativo —como podría inferirse de una lectura descontextualizada de las palabras de Graciela—. Tampoco desde la simple tensión entre urgencia y proyecto. Es preciso dar cuenta de la complejidad en la que las personas dirimen prácticamente problemas específicos para comenzar a reelaborar nuestras categorías analíticas.

Al centrar la mirada en la discusión entre Graciela y Susy, no es posible hablar de *lucha* y *papeles* sin introducirnos en el entramado local en el cual se elaboran reclamos (más o menos) urgentes, se tejen memorias y proyectos de vida, se definen gustos y se busca reconocimiento en un proceso abierto a través del cual se configura prácticamente la organización. Si Weber ya nos enseñó que no todo es pan y manteca, tampoco resulta tan sencillo reconocer de qué hablan las personas cuando se refieren al pan, a la manteca... o a un yogur. Es al dar cuenta de la compleja trama relacional en que los sentidos se elaboran prácticamente, que una mirada etnográfica puede aportar a la comprensión de las formas de agencia política que tienen lugar en las organizaciones piqueteras. Aquí únicamente he intentado un esbozo.

## Bibliografía

- Auyero, Javier (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Manantial.
- Cerrutti, Marcela y Alejandro Grimson (2004). "Buenos Aires, neoliberalismo y después. Cambios socioeconómicos y respuestas populares". *Cuadernos del IDES*. Buenos Aires.
- Comerford, John (1999). *Fazendo a luta. Sociabilidade, falas e rituais na construção de organizações camponesas*. Río de Janeiro: Relume Dumará.
- Ferraudi Curto, M. Cecilia (2006). "Mientras tanto: política y modo de vida en una organización piquetera". Tesis de Maestría en Antropología Social. Buenos Aires: IDES-IDAES / UNSAM.
- Ferraudi Curto, M. Cecilia (2009). "Hoy a las 2, cabildo. Etnografía en una organización piquetera", en: A. Grimson; M. C. Ferraudi Curto y R. Segura (eds.). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.
- Garriga Zucal, José (2005). "Haciendo amigos a las piñas. Amigos y redes sociales en una hinchada del fútbol". Tesis de Maestría en Antropología Social. Buenos Aires: IDES-IDAES / UNSAM.
- Ginzburg, Carlo (1986). "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias iniciales". *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*. Barcelona: Gedisa.
- INDEC (Argentina, 2005). "Cuadro 2.5 Población con necesidades básicas insatisfechas (N.B.I.), años 1980, 1991 y 2001. Partidos de la provincia de Buenos Aires". Disponible en: <http://www.ec.gba.gov.ar/estadistica/ftp/Censo/index.htm> [consulta: 15 de julio de 2005].
- INDEC (Argentina, 2005). "Cuadro 6.3 Población desocupada de 14 años y más por sexo, año 2001. Partidos de la Provincia de Buenos Aires". Disponible en: <http://www.ec.gba.gov.ar/estadistica/ftp/Censo/index.htm> [consulta: 15 de julio de 2005].
- Jelin, Elizabeth (1998). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Manzano, Virginia (2009). "Un barrio, diferentes grupos: acerca de dinámicas políticas locales en el distrito de La Matanza", en: A. Grimson;

- M.C. Ferraudi Curto y R. Segura (eds.). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.
- Merklen, Denis (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Editorial Gorla.
- Míguez, D. y P. Semán (2006). *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Biblos.
- Peirano, Mariza (1997). "Antropología política, ciencia política e antropología da política". *Três ensaios breves. Série Antropologia 231*. Brasília.
- Quirós, Julieta (2006). *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Rinesi, Eduardo y Gabriel Nardaccione (2007). "Prólogo. Teoría y práctica de la democracia argentina", en: Eduardo Rinesi; Gabriel Nardaccione y G. Vommaro (comps.). *Los lentes de Víctor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Buenos Aires: UNGS / Prometeo.
- Semán, Pablo (2003). "Análisis etnográfico de un campamento piquetero en Plaza de Mayo". *V Reunião de Antropologia do Mercosul*. Santa Catarina, Florianópolis.
- Svampa, Maristella y Sebastián Pereyra (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Svampa, Maristella (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.